

Rafa Luján

Ana que fue pop



AdN

Rafa
Luján
Ana que
fue pop

AdN

Primera edición: febrero 2025

Diseño de colección: Summa Branding
Maquetación: El Taller del Libro, S. L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Rafa Luján, 2025
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-72-8
Depósito legal: M. 27.114-2024
Printed in Spain

*Para Alicia, que me llevó a Campohermoso
y volvió conmigo desde San Sebastián.*

Esta novela es una vida posible que nunca ocurrió.
Ana, Uri y los demás personajes escuchan la misma música
que nosotros y ven las mismas películas, pero ellos son producto
de la imaginación. Si los terribles acontecimientos que les toca vivir
guardan alguna conexión con la realidad, es solo porque
también compartimos este mundo oscuro con ellos.

El pop no tiene una mentalidad definida. Lo único que ha hecho ha sido adoptar corrientes, maneras, obsesiones *teen*, y plasmarlas en imágenes. Ha hecho caricaturas gigantes de la ambición, de la violencia, del amor y del inconformismo, que han resultado ser las ficciones más poderosas y más precisas de este tiempo.

NIK COHN

Auambabuluba balambambú

Decían hace un siglo que la cara del asesino quedaba petrificada en las pupilas de la víctima, y que si se tomaba una foto lo bastante precisa de estas se la podría ver, mínima y duplicada, acusatoria, definitiva, horrenda y también trivial, la cara de alguien que ha matado.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Plenilunio

PARTE 1

1

It

Junio, 1989

—Ahora el pop ha venido a hacerse aquí, a Andalucía.

En la pantalla, cuatro figuras de dibujos animados se asoman por los portillos de un submarino. George tiene perilla y va vestido con una camisa verde de cuello Mao. Ringo sonrío con ojos tristes. Su corbata es tan grande como la de Paul, que está a su lado y es el único que no lleva bigote. En la última ventana, John Lennon pega sus manos al cristal mientras el submarino amarillo se aleja por un océano donde los colores están ordenados en franjas.

La imagen cambia y muestra un pájaro blanco. Tiene alas de cisne y patas gruesas como las de un elefante. En lugar de pico, una amplia sonrisa y mofletes colorados. La nariz se curva hacia arriba y está rematada por una bola rosa. Sobre la cabeza tiene una cresta de cinco colores, también ordenados en franjas.

El locutor continúa su presentación con el mismo tono entusiasta.

—El espíritu del inolvidable *Submarino amarillo* ha llegado a Sevilla con el nombre de Curro. Es la nueva mascota de la Expo, y su creador es el mismo que hizo los dibujos de la película. Dentro de tres años, cuando abran las puertas del recinto de la Cartuja, este simpático ser dará la bienvenida a una nueva era en la historia de España.

—Vaya bicho feo.

Guzmán Castejón ríe para sí mismo. Apaga la colilla en un cenicero Ricard comido por las quemaduras, y mira la hora: casi medianoche. El Madrid ha ganado la Copa del Rey al Valladolid. Gol de Gordillo nada más empezar, y el resto un rollo. Valora la posibilidad de ver la película que ha alquilado, una de Harrison Ford. Pero es tarde. Mejor mañana, después de comer.

Su hermano Matías acaba de marcharse, decía que le estaba esperando Carmen. Ha sido raro volver a estar juntos después de tanto tiempo sin hablarse. Está cambiando, quiere hacer las paces y de vez en cuando le visita.

A Matías no le gusta este sitio, Esparteros. Le da igual que sea el cortijo de la familia, no es sentimental como Guzmán. Cuando se murió papá, dijo que esto estaba muy aislado, que aquí se le calaban los huesos, y se hizo un chalé en el pueblo. En eso era igualito que papá, siempre construyendo. Si Campohermoso no lo hubiese fundado el padre, lo habría fundado el hijo.

Guzmán se conforma con menos. Esparteros es el sitio donde creció y pasa aquí días enteros sin ver a nadie. Si acaso, algún paseo con la bici hasta el pueblo, para comprar algo o alquilar una peli.

Es un cortijo blanco sobre fondo ocre, rodeado de colinas estampadas de arbustos. La casa grande está cerrada desde que Matías se enfadó por lo de Ramón Moura. Guzmán vive en un pequeño apartamento detrás, donde las antiguas pocilgas. Él mismo lo encaló para quitar el olor a cerdo cuando su hermano le obligó a instalarse ahí. Ahora esas dependencias son acogedoras. No hay que subir y bajar, los techos son más bajos y las ventanas profundas. La puerta da a un patio con un pozo y una escalera de piedra. Al patio se entra por un pasillo estrecho que va a dar al campo de atrás. Desde que era niño y veía la casa desde la colina de enfrente, Guzmán ha pensado que las pocilgas parecían las pinzas de un cangrejo.

Se asoma por la ventana hacia una oscuridad primitiva. Ahí fuera está la ermita. De día brilla por la cal, pero ahora ni se ve. Es un edificio raro, no tiene ventanas, campanario ni espadaña, solo una construcción achaparrada que podría ser una torre. Su única razón de ser es la Virgen de la Misericordia que hay dentro. Es una imagen de vestir, con manto bordado y peluca de pelo real. La virgen de papá, tan importante para la familia.

Desde la ventana trata de localizar al Rata, perro listo y fiel que vive salvaje, y que le haría compañía si no se pasase el día persiguiendo culebras. Dios sabe dónde andará.

Guzmán se pone una camiseta vieja y se mete en la cama a seguir leyendo *It*, la última novela de Stephen King. Lleva cuatro meses con ella y no ha pasado de la mitad, es un tocho de más de mil páginas. Guzmán sospecha que ni siquiera quien hizo la portada se lo leyó, porque no dibujó al payaso Pennywise, sino unas garras verdes en una alcantarilla.

El libro es siempre igual: cada dos o tres capítulos, Pennywise aparece para cargarse a un niño. A veces lo consigue y a veces no, pero Guzmán disfruta con la tensión. Justo ahora, en la página cuatrocientos y pico, los chicos protagonistas se han colado en una casa abandonada. Se han arrastrado por debajo del porche y se han metido por un hueco tan estrecho que quizás no sean capaces de salir. Es muy probable que alguno de ellos vaya a morir.

Guzmán escucha un ruido fuera, en el campo. Es Rata y está ladrando. Sugestionado por *It*, no puede evitar la intuición de un miedo vago. Se asoma a la ventana y la noche sigue siendo impenetrable.

Rata vuelve a ladrar sin descanso, el ladrido de un perro que tiene enfrente algo que le desconcierta. O que le asusta. Guzmán intenta tranquilizarse pensando que probablemente sea una culebra.

Abre la puerta de la habitación y sale al patio. Las paredes blancas no reflejan la luz. Distingue la silueta del pozo y la forma diagonal de la escalera que sube al tejado. En algún lugar ahí fuera, Rata sigue ladrando con insistencia. Guzmán da un par de pasos y se asoma al pasillo, escudriñando la oscuridad. Más allá de los muros todo es negro. Ni siquiera se dibuja la forma de la ermita. Toma conciencia de que está encerrado, las pinzas del cangrejo le tienen atrapado. Mira hacia la escalera y valora la opción de subir al tejado para ver mejor, pero estaría aún más acorralado.

Guzmán silba para llamar a Rata e inmediatamente el perro se calla. Poco después, escucha sus pisadas rápidas y lo ve surgir de la oscuridad, entrando al patio.

—¿A qué ladras, cabronazo? ¿Qué hay ahí fuera? Me has acojonado.

Rata agita la cola y jadea, parece tranquilo. Guzmán se agacha para acariciarle el cuello y el lomo mientras el animal baja las orejas.

—Buen perro, buen perro. Pero no me des esos sustos, mamón.

Guzmán se incorpora con una última palmada en el lomo de Rata. La actitud del perro le ha devuelto la seguridad y se ríe de sí mismo por el miedo que ha sentido. Recorre el pasillo hacia la oscuridad de fuera, hacia el campo abierto. Son apenas cuatro metros. Rata echa a correr otra vez y le deja solo. Guzmán sale del patio al campo abierto. Alrededor de la casa todo es vacío, el pueblo queda a tres kilómetros.

—¡Rata! —grita Guzmán—. ¡Rata!

El perro no regresa de la oscuridad. Tampoco se le escucha ya ladrar. Todo ha quedado en un sosiego denso.

El miedo le agarra de nuevo. Para calmarse, Guzmán piensa en los niños de la novela de Stephen King, arrastrándose por debajo de las tablas para enfrentarse a un ser desconocido. La

fortaleza de It, ese monstruo, es que creas en él. Cuanto más miedo le tienen los niños, más vulnerables son. Y al revés: cuanto más dominio tengan sobre su imaginación, más posibilidades tendrán de vencerle. Guzmán se va alejando de la casa para buscar a Rata. Los ojos se acostumbran a la falta de luz y empieza a distinguir las piedras, los arbustos, la forma pálida de la ermita. Como los niños que se esfuerzan por no creer en Pennywise, él también se esfuerza por controlar su propio delirio.

—Venga, Guzmán, no te rayes —dice en voz alta.

Desde la ermita llega un ruido nítido. Hay alguien dentro. Guzmán quiere pensar que será Rata, aunque sabe que es imposible porque la puerta está cerrada. Tiene que volver a la casa a por la llave.

Corre de vuelta y se detiene en seco en el patio. La puerta de su apartamento está abierta.

Han pasado solo unos minutos, pero Guzmán no recuerda si la cerró antes de marcharse. Si lo hizo, piensa, alguien la ha abierto. Ese pensamiento le hace querer salir corriendo. Pero no tiene a dónde.

Se esfuerza en mantener la calma. Lo que tiene que hacer es sencillo: entrar en el apartamento, coger la llave de la ermita y volver a salir para ir a echar un vistazo. Cruza el umbral de la habitación y mira. Todo está como lo dejó: el libro de Stephen King, las películas del videoclub, el cenicero de Ricard. Allí no hay nadie, y tampoco lo ha habido. Guzmán abre el cajón de las llaves y saca las que necesita. Del cajón de abajo coge una linterna.

La luz hace que todo sea menos perturbador. Se acerca hasta la ermita y los muros blancos reflejan la luz en silencio. Efectivamente, la puerta está cerrada. Guzmán acerca la oreja a la madera para escuchar. Nada. Gira la llave en la cerradura y oye el eco que devuelve la iglesia vacía. Guzmán abre la puerta y dirige el haz de luz hacia el interior.

No le da tiempo a ver nada. Alguien le empuja con violencia y sale corriendo.

El miedo de Guzmán desaparece de golpe. Todo se ha vuelto súbitamente real y concreto: hay un ladrón, y está huyendo. Ahora quien tiene miedo es el ladrón.

Guzmán echa a correr, buscándolo con la linterna. La mancha de luz se mueve nerviosa por el paisaje seco, y las sombras gigantes de los matorrales repiquetean por el monte. Entonces lo ve. Es un chico con melena, lo reconoce sin duda.

—¡Tino, soy Guzmán! ¡No corras, cabrón!

El chico se detiene en seco, pero no se gira. Está a unos quince metros. Guzmán le ilumina con la linterna mientras sigue avanzando hasta él.

—¿Qué haces, tío? Te podía haber pegado un tiro.

El chico se agacha y coge algo del suelo. No se gira. Cuanto más se acerca Guzmán, más grande es la silueta de su sombra proyectándose frente a él.

—Venga, Tino, dime algo, puto loco. Que no te voy a hacer nada.

Tino se gira con un movimiento rápido.

Guzmán tiene el tiempo justo de ver que lleva una piedra en la mano y va a golpearle en la cara. No se fija en su camiseta de Iron Maiden, con un monstruo y un demonio.

Es un golpe seco, el chasquido de su cráneo al romperse se escucha con claridad. Cuando cae al suelo ya está muerto. La linterna se queda en su mano, iluminando el suelo.

Aproximadamente media hora más tarde, Rata aparece con una culebra entre los dientes. La deposita junto al cadáver de Guzmán, como una ofrenda. La cola de la culebra se agita espasmódicamente.

Joder, no sé

Mayo, 2019

Me llamo Uriel y soy fotógrafo. Tengo veinticinco años. Voy conduciendo un Seat Ibiza TDI de 2004 por una carretera estrecha que atraviesa el desierto montaña arriba. En la radio suena el disco de Carolina Durante que acaba de salir. La canción se llama *Joder, no sé* y describe una insatisfacción abstracta. Empieza con una idea que me remueve por dentro: tener veintipico años y sentir que todo se desmorona. Me pregunto cuántas cosas terribles te tienen que pasar para pensar eso.

Detrás de mi Ibiza van Laura y Germán vestidos de novios, en un Mini Cooper con el techo blanco. Hemos quedado a las diez y media en el Bar Cantina, en Campillo de Adentro, porque ellos no sabían llegar. A todos nos ha hecho mucha gracia el nombre del local, por lo redundante. Hemos tomado un café rápido y les he sacado algunas fotos divertidas junto a unos viejos que jugaban a las cartas en la terraza, en una mesa de publicidad de Estrella de Levante. La situación era artificial, pero el contraste entre la elegancia de los novios y la informalidad de los vecinos era muy potente. Había hombres con camiseta de tirantes, con camisa y hasta uno con un chándal verde flúor. En blanco y negro, las fotos van a ser fantásticas.

Luego, después de la sesión, intentaré parar otra vez para sacar algún retrato más. Me gustan estos sitios, estas gentes.

La sensación de aventura de hablar con extraños y asomarme a otras vidas. Los viejos eran simpáticos y la dueña pintoresca. Esta semana termina el plazo del World Press Photo y me gustaría participar. Normalmente se asocia el World Press Photo con imágenes de tragedias, pobreza o guerras. Pero también hay categorías de retratos. En Murcia hay caras únicas si las sabes buscar en lugares como este. Quizás una de esas personas acabe siendo protagonista de una foto ganadora. Es improbable, pero no imposible.

Laura y Germán acaban de llegar de República Dominicana y están muy morenos. Mucho más morenos que el día que se casaron, hace un mes. Hoy se han vuelto a poner la ropa de la boda para hacerse una segunda sesión de posados. Germán lleva un chaqué azul con chaleco perla y corbata gris. Es cardiólogo en la Arrixaca y ha engordado un poco, los botones le tiran. Ocurre a menudo: los novios se ponen a dieta para la ceremonia y luego se relajan. Seguramente el hotel de Punta Cana tenía todo incluido y se ha pasado dos semanas bebiendo copazos. Laura es notaria y tiene el mismo aspecto, salvo por el moreno. Lleva los mismos postizos que se puso el día de la boda. Su vestido es de seda color perla, a juego con el chaleco de Germán. El único adorno es un relieve sutil que baja desde los hombros hasta la cintura.

Se casaron en abril, en el hotel Galúa de La Manga del Mar Menor. La Manga es una ciudad de veraneo construida sobre una lengua de tierra de cien metros de ancho. En julio y agosto puede alcanzar doscientos mil habitantes, pero en invierno no llega a cinco mil. El día de la boda, los invitados eran los únicos en el hotel. Estuve haciendo fotos durante ocho horas seguidas: de los novios, de la ceremonia, de los invitados. En el convite hubo una pelea de borrachos y tuvo que venir la Policía. Tengo una foto de un hombre con la nariz chorreando sangre encima de un trozo de tarta que me gus-

ta bastante. Es una de las que voy a presentar seguro al World Press Photo.

Vamos montaña arriba hacia Castillitos, una antigua instalación militar. Hoy es jueves, no tenemos boda. Lo de esta mañana es una reboda: un segundo posado sin prisa, en una ubicación más fotogénica. Algunas parejas están dispuestas a vestirse de nuevo para completar su reportaje con posados especiales, tan elaborados que no se pueden hacer el día de la ceremonia. Las almenas y las vistas de Castillitos tienen mucho tirón.

La carretera es vertiginosa, con un precipicio a la izquierda y otro a la derecha. La he recorrido muchas veces para otras sesiones y nunca deja de sorprenderme. Me gustaría escuchar los comentarios de Laura y Germán. Hace unos días estaban bajo las palmeras de Punta Cana, y ahora están siguiéndome por este secarral deshabitado. Me pregunto si ellos sabrán explicar por qué se han venido a hacer las fotos de su boda a un lugar tan remoto, donde nunca habían estado, y a donde probablemente nunca volverán.

Llegamos a Castillitos y me bajo del coche con la mochila del equipo. Llevo una cámara Nikon D850 con dos objetivos. El de 85 milímetros me permite sacar fotos desde lejos y funciona muy bien para posados, porque estiliza. Pero hay que tener espacio suficiente y no siempre es el adecuado. El de 24 milímetros es más versátil, se parece más a cómo ven mis ojos. Hay que estar más cerca, pero funciona en cualquier sitio. En fotografía hay que empezar a pensar el truco antes de darle al botón.

Castillitos es un fortín de antes de la Guerra Civil. El nombre viene dado por los remates de los edificios, que tienen almenas de película Disney. Es un lugar esquizofrénico, donde nada ha sido nunca lo que parecía ser. El complejo se construyó para defender el puerto de Cartagena ante posibles

ataques que nunca ocurrieron. Todavía hoy sigue habiendo dos cañones de diez metros que apuntan al horizonte. Las pequeñas almenas debían de parecer una broma en comparación con aquella intimidatoria potencia de tiro. Ahora que el edificio está abandonado, la broma son los cañones. Siempre que vengo aquí hago una foto del novio subido a horcajadas, como quien monta un caballo. A veces, incluso la novia se atreve a subir. La fotografía de bodas es tan loca que ningún posado se descarta.

Los dos novios y yo caminamos por pasillos llenos de cristales rotos y subimos por angostas escaleras llenas de nombres grabados en la pared. Laura tiene que levantarse el vestido de novia para no arrastrar el polvo. Salimos a la plataforma donde están los cañones y el lugar resulta sobrecogedor. Es una enorme explanada sobre el mar brillante. Las fotos aquí son las mismas todas las veces: miradas tiernas o reflexivas ante el horizonte, abrazos y besos con el Mediterráneo de fondo. La superficie pulida de hormigón, con forma circular, parece una amplia pista de baile en un lugar imposible. La bella y la bestia podrían haber danzado aquí.

Germán saca el móvil y se mete en nuestra web para enseñarme la foto de otros novios delante de un corazón en la pared. Dice que quiere la misma, que es un chiste de cardiólogo. Ni a él ni a Laura les importa que sus fotos sean exactamente iguales a las de otras parejas. Es el poder de la fotografía: una vez hecha, nunca importa cómo se hizo. Nadie que vea las fotos de hoy se acordará de mí. Nadie se preguntará quién llevaba la cámara, dónde estaban los novios o cómo habían llegado hasta allí. Cuando Laura y Germán tengan su álbum, ni siquiera se notará que unas fotos fueron hechas un mes después de la boda. La fotografía otorga a la realidad una apariencia de eternidad y singularidad, como si nada pudiese haber sido distinto. Las personas que posan pa-

recen haber existido solo en ese momento. El resto de sus vidas no cuenta.

Tardamos un par de horas en terminar el reportaje. Creo que ambos están satisfechos, hemos hecho muchas fotos. Una vez lista la escenificación, nos despedimos y Laura y Germán montan en su Mini Cooper para volver a sus vidas normales. A la realidad.

Yo me tomo mi tiempo, no tengo prisa. Me he traído un bocadillo y me lo como con las piernas colgando en el precipicio. Después bajo despacio la cuesta desde Castillitos, para apreciar el paisaje sobrecogedor. La diversión empieza ahora, cuando empiezo a buscar posibles fotos. Sé que en cualquier parte y en cualquier momento puede haber una buena imagen. Está ahí delante, pero no es fácil reconocerla. Tengo que afinar el ojo, estar alerta. Como un detective que inspecciona con lupa porque sabe que lo importante no se ve a simple vista. Pero en vez de lupa, tengo la cámara.

Al llegar al bar de Campillo de Adentro aparco el Ibiza y me pido un café. Los viejos de la partida ya no están, pero la dueña sigue detrás de la barra. También hay una pareja de guardias civiles.

La convengo para que me deje hacerle un retrato. Tiene la cara rolliza, con el pelo teñido de negro y un vestido-bata de los que llevan las mujeres en los pueblos de Murcia, con estampado de flores pequeñas, botones en el frente y amplios bolsillos en las caderas. Debajo lleva una camiseta negra de manga larga. Se llama Candelaria y la propuesta de posar le hace gracia. Sacamos una foto con ella detrás de la barra. Justo detrás hay una puerta doble que da acceso a la cocina, y la profundidad mejora la composición.

Los guardias civiles son muy jóvenes y se burlan, deben de ser clientes habituales. Les propongo si quieren sumarse al posado y acceden divertidos. Al contrario de lo que acabo

de hacer con Laura y Germán, cuyas fotos son irreales, ahora intento ser fiel a la esencia del momento. Los fotógrafos somos siempre un poco entrometidos, nos colamos en las vidas de los demás para capturarlas. Le digo a Candelaria que se ponga en la parte de la barra donde están los guardias, entre los dos. Hay risas y aprovecho para capturarlas. En los retratos de grupo, la química entre los retratados mejora mucho el resultado. Disparo cinco o seis veces y creo que ya tengo lo que ando buscando. El café me cuesta un euro con quince.

Cojo el coche, conduzco hacia la salida del pueblo y allí tomo un camino de tierra que lleva hacia el interior. Nunca he estado aquí, pero me gusta investigar. Hay un cartel que indica ALOJAMIENTO RURAL LÁGUENA. Imagino que cuando la luz baje un poco, marcará unos contrastes interesantes en estas montañas crudas y rocosas. Es una de las pocas zonas que quedan sin urbanizar de la costa murciana. Su uso como zona militar lo salvó del hormigón. Quiero hacer fotos en blanco y negro de este paisaje marciano.

Aparco cuando veo un árbol, el único de toda la zona. Es una higuera de frondosidad polvorienta. Le saco una foto porque su silueta resulta heroica en un lugar tan seco. A mi alrededor todo es silencio. Me cuelgo la Nikon del cuello y echo a andar. Solo se oyen mis pisadas. El camino tiene el ancho suficiente para un vehículo y avanza por un suave valle. Imagino que lo habrán preparado los dueños de la casa rural para sus clientes.

El suelo está lleno de esquirlas de pizarra. Hace años, los militares de Castillitos usaron esta zona como campo de tiro. Las piedras me sugieren que las explosiones de aquellas bombas hicieron añicos la montaña. La pizarra tiene diferentes tonos: rojizo, amarillento, violeta. A fuerza de venir aquí, he leído un par de artículos en internet sobre este paisaje. El material se conoce como láguena y se usa para impermeabilizar

los tejados de las casas. De ahí el nombre de la casa rural. Al pensarlo, se me ocurre que es una forma de enterrarse.

Distingo una figura remota. Parece una mujer que camina hacia mí. Le hago una foto desde lejos, cuando solo es un punto en el paisaje, y avanzo hacia ella. Al acercarme veo que la acompañan dos galgos. En un lugar tan vacío basta con la presencia lejana de alguien para sentir que ya no estoy solo. Durante unos minutos somos dos extraños que se miran en la distancia mientras caminan el uno en dirección al otro. Cuando por fin nos cruzamos, parece inevitable saludar.

—Qué buen paseo, ¿no? —le digo. Tiene unos cincuenta años, quizás algo más. Hay algo vertical en ella. Lleva el pelo largo y su vestido baja hasta los tobillos. Me fijo en que su nariz está torcida, como si se la hubiera roto hace mucho tiempo. Los galgos a su lado son flacos y elegantes. En este paisaje agreste parece una eremita del Greco.

—Sí, está muy bien —contesta sonriendo. Parece que no se va a detener.

—Imagino que cuando llegue el verano hará demasiado calor para andar por aquí.

Me gustaría retenerla para hacerle una foto, pero todavía necesito ganarme su confianza.

—Bueno, depende de la hora. ¿Es la primera vez que vienes? —Me mira la cámara, como intentando decidir si soy un turista.

—No. Soy fotógrafo. He estado haciendo un reportaje de boda arriba, en Castillitos. Pero sí es la primera vez que paseo por aquí abajo.

—¿Un reportaje de boda en un cuartel?

—A los novios les gustan las almenas y los acantilados. El sitio queda bien en las fotos, parece el castillo de Blancanieves.

—O el fin del mundo —sonríe.

No sé cómo responder a esto y los dos nos quedamos callados. Los galgos observan el camino por donde yo he llegado; no han reaccionado a mi presencia. Me doy cuenta de que no están atados. Tienen una conexión invisible con su dueña, no necesitan instrucciones ni órdenes. La mujer hace visera con la mano y mira en la misma dirección que ellos.

—¿Aquel es tu coche?

Me giro y distingo mi Ibiza cerca de la higuera, a unos doscientos metros.

—Sí. He venido desde Murcia.

La mujer me hace una propuesta inesperada.

—¿Me subes a Castillitos? Bueno... ¿nos subes? Hace un montón de tiempo que no estoy por allí arriba.

Tardaríamos unos veinte minutos en subir, y otros veinte en bajar. Con una carretera llena de curvas y precipicios. Y todo por hacerle el favor a una mujer que ha salido de la nada. Trato de imaginar quién puede ser y qué hace aquí.

Ella me mira sin dejar de sonreír.

—Estás pensando que no me conoces, ¿a que sí? ¿Te da miedo subir a una desconocida en tu coche?

Me siento descubierto.

—No, no es eso. Es que aquello está un poco lejos —respondo torpemente.

—Hace años que yo decidí no tener miedo —dice sonriendo.

Percibo un matiz de confesión en sus palabras y me desconcierta su honestidad. Hay algo intrigante en esta mujer. Otra vez no sé qué responder. Ella se echa a reír.

—Pero no pienses que soy una loca, ¿eh? Tengo una casa rural ahí atrás y cada semana se la alquilo a gente desconocida. Estoy acostumbrada a los extraños como tú. Además, tengo a mis perros para protegerme. Se llaman Anti y Chess. Y yo soy Rosa. Los nombres son importantes.

—Yo soy Uri. Encantado.

—¿Uri? ¿Como Uri Geller? ¿Vas a doblar una cuchara?

Este chiste me lo hacen siempre. Uri Geller era un mago que alucinó a España entera en los años setenta, cuando usó el poder de su mente para hacer algo imposible: doblar una cuchara en televisión. Hay vídeos en YouTube.

—En realidad es por Uriel. Un arcángel —le explico.

—Entonces, seguro que eres buena persona.

Recuerdo que he venido aquí a hacer fotos y decido aceptar su propuesta.

—La subo a cambio de que me deje hacerle un retrato.

Rosa me mira la cámara y sonrío.

—Venga. Pero tengo que salir con ellos.

La subida se hace más entretenida que por la mañana. Rosa me cuenta que no es de la zona, pero lleva treinta años aquí. Me habla de los soldados que vivían en Castillitos y bajaban al pueblo a tomarse los quintos, con barbas de misionero y bromas de pirata. También me habla de un antiguo cuartel de carabineros desde donde controlaban el contrabando, que hoy está abandonado. Tomo nota por si lo incorporo a mi repertorio de localizaciones fotográficas.

Al coronar, el sol empieza ya a estar bajo y la luz es radiante. Estamos solos en esta cima de la montaña, asomados al abismo del mar. Rosa se baja del coche con una felicidad infantil que me enternece. Más que seguirla, los galgos la acompañan. Saco la cámara y empiezo a hacerles fotos. Rosa me mira un segundo y no dice nada. Se aleja por el borde del precipicio, recortada contra el resplandor del atardecer. Disparo un par de veces más, pero no la sigo. Caminar tras ella me haría sentir intruso. La observo desaparecer por detrás de los arbustos. Saco el móvil y hago un par de fotos del acantilado. A continuación, me pongo a mirar Instagram.

Tardo unos diez minutos en volver a escucharla.

—Entonces... ¿me vas a hacer esa foto, o no?

Media hora después ya estoy regresando a casa y vuelvo a poner el disco de Carolina Durante. La tercera canción se titula *El año* y tiene una estructura extraña. Cuando parece que ha terminado, hay un estribillo nuevo que se repite dos veces. Es una advertencia cruda: todo el mundo sabe que si sigo adelante me va a pasar algo terrible.

Ana que fue pop

Si no le hubiese hecho esa foto, no estaría muerta.

Uri, un fotógrafo de bodas, gana un premio de fotografía con el retrato de Rosa, una enigmática mujer que lleva décadas escondida en un paisaje olvidado de la costa de Murcia. Cuando la imagen se vuelve viral, Rosa aparece ahogada. Uri sospecha que esta muerte no ha sido un accidente y que podría haber sido provocada por su foto. Movidado por un sentimiento de culpa, decide investigar el pasado de Rosa para averiguar de qué se escondía.

Treinta años antes, en 1989, Ana sueña con ser actriz y tiene una vida feliz hasta que se ve envuelta en un terrible crimen. Un vecino ha sido asesinado y solo ella sabe que el culpable es su propio marido. Cuando el horror se instala en su matrimonio, Ana tendrá que escoger entre seguir soportando la violencia o escapar. Pero antes de hacerlo se le presenta la oportunidad de cumplir su sueño: actuar en el videoclip de un famoso grupo británico.

Ahora, treinta años más tarde, el videoclip se ha convertido en un icono pop de los 90. Y todo indica que aquella grabación está relacionada con la muerte de Rosa. Por tanto, Uri tendrá que averiguar qué pasó durante el rodaje para descubrir quién la ha matado.

AdN

3656074

ISBN 978-84-10138-72-8

